



CAPÍTULO I

Ojeada á la historia antigua de Mallorca.—Árabes.
Expedición de los catalanes, provenzales é italianos.—Último período de la
dominación sarracena

Los anales de casi todos los pueblos abundan de historias fabulosas acerca de su origen y población primera; y á esto, que con razón ha excitado la severidad de la crítica, tal vez podría encontrársele explicación volviendo los ojos á nuestra naturaleza. Domina en el hombre un afán de abarcar lo más incomprensible, de acercar las distancias de los tiempos, y de fijar las épocas y principios más desconocidos; y mayormente en historia es de ver su asiduo trabajo en eslabonar la cadena de

los siglos, en reparar, cuando no en forjar los anillos rotos, y en señalar á aquella el pilar de donde parte. Sentimiento es este que revela su destino perecedero, y cuadra perfectamente con su condición. Aquella noche espantosa y profunda, que envuelve los principios de los siglos y de las civilizaciones, respira tanta inmensidad, y tan lejanos y confusos hace que aparezcan unos y otras en su vislumbre, que achica y como anonada nuestro sér; y si nos atrevemos á formar de él una idea, á volver los ojos hacia nosotros mismos, si así puede decirse, nos encontramos con estremecimiento y dolor perdidos en el mar infinito de la humanidad, como imperceptibles fracciones de un todo inmensurable y continuo, destinados, como las generaciones que fueron, á parecer, pasar y desaparecer. Así se place el hombre en reunir, bajo una ojeada fácil, los elementos históricos de sus antepasados, quitando en lo posible lugar á la incertidumbre, y asiéndose á las tradiciones más oscuras, si ellas resuelven los puntos dudosos: forma, digámoslo así, una historia de familia, y con aquella reunión ficticia de todos sus miembros se engaña á sí propio, y se consuela de su mortalidad.

Mas, aquellas tinieblas que se ciernen sobre el horizonte de los tiempos primitivos, y por las cuales cruzan, serpenteando á veces, ráfagas ardientes que dejan entrever los contornos de los objetos; aquellas tinieblas subliman el alma á meditación profunda, le abren las puertas de los espacios, y la conducen al autor de todo principio. En alas de la ciencia y del entusiasmo elévase ella adonde la lobreguez no alcanza, y desde aquella altura espléndida su mirada ve lo que no antes: el género humano derrámase á una y otra parte; las razas se ramifican, se cruzan y se chocan; las civilizaciones se suceden, las poblaciones se empujan, los territorios se pueblan, y aquellos ríos, que nacieron en las fuentes de una misma cumbre, dejado ya el cauce primero, cada vez más crecidos, desbordan al llegar á la llanura, y olvidados de su común origen, se disputan con furor sus mutuos límites.

Así se pierden, en la noche de los tiempos, los orígenes de la historia mallorquina, y así quizás debió la isla su población al vaivén é invasiones sucesivas de las razas célticas y líbicas en los vecinos países litorales del continente. Las sombras de tirrenos y pelasgos percíbense confusamente al fondo de las tradiciones (a); y Hércules, el tipo de los esfuerzos humanos primeros en la carrera de la civilización, también aparece por aquel entonces, si graves autores no mienten, escuchando los cantares y memorias antiguas de los isleños, en que estaba consignada la historia de su origen. Dando á semejantes noticias el valor que ya el lector juzgará debérseles, ello es que existen en Mallorca monumentos, que en sí llevan el sello de una antigüedad remotísima. Masas enormes, toscamente labradas, sobrepuestas unas á otras, ya en forma circular, ya en triángulo, llaman la atención en varios puntos de la isla: ora se alzan en pirámide, como las numerosas del distrito de Campos; ora algunas pequeñas se agrupan misteriosamente al rededor de otra mayor central, como en Artá; ó bien blanquean en la punta de una leve colina, como cerca de Manacor. Aunque desmoronadas hoy en día, casi todas tienen su puerta, formada de dos grandes pedruscos, que hacen veces de jambas, y de otro que, á manera de dintel, sobre ellos se apoya. ¿Fueron sepulcros de los primeros pobladores, habitaciones suyas, ó sagrada mansión de sus sacerdotes? Para aclarar esta cuestión, preciso sería saber qué religión profesaron. Nada confirma que fuese la suya la de los drúidas, como alguien ha pretendido; mas la historia nos dice que se encuentran cons-

(a) Abstúvose cueradamente Piferrer de dar por averiguada la raza de los primitivos pobladores de Mallorca, ni á la luz de las fábulas, etimologías y referencias sacadas de la clásica antigüedad por los historiadores del siglo xvii, ni á la de las modernas investigaciones etnográficas, cuyos progresos no alcanzó, y en las cuales habría acertado á discernir, como en todo lo prehistórico, lo poco que hay de ciencia de lo mucho que hay de hipótesis y sistema. Por mi parte no presumo de llenar este vacío, dado que lo sea, mientras no emprenda el prolijo estudio que reclama, si ha de formar parte de un trabajo general, aquella época remota.

trucciones semejantes donde quiera que habitaron pueblos de raza europea ó de sus grandes ramificaciones ibera, etrusca, céltica y gala, entre cuyas prácticas supersticiosas menciona á veces las que constituían lo principal del druidismo. Además aquel mismo arte con que están alineados los pedruscos y las grandes dificultades que para ello hubo que vencer, son no leves indicios de que los erigió una civilización antiquísima; y si es cierto que el tipo etrusco se echa de ver en el recinto de la Tárraco bárbara, y que los tirrenos entablaron relaciones con los habitantes de la costa oriental de España, tal vez habría lugar á atribuir á esos pueblos el origen de estas obras. Sea como fuere, la posteridad las ha llamado con el nombre de construcciones ciclópeas: y si la antigüedad fingió agigantada estatura en los primitivos pelasgos, y con el dictado de Titanes los representó escalando el cielo y hacinando montañas, trasladándose en imaginación á aquellos tiempos apartados, calculando los medios de que podía echar mano el ingenio del hombre, y á favor del incierto crepúsculo de que la lejanía y la duda los rodean, no es difícil ahondar el sentido del símbolo, figurarse agigantados los antiguos habitantes de Mallorca, y verlos con fuerza espantosa, sin ningún auxilio mecánico, arrancar de los montes aquellas masas, moverlas con fácil mano, alinearlas y sobreponerlas unas á otras (a).

Afortunadamente el orgullo romano, que se desdeñó de estropear su lengua sonora con los nombres de los pueblos bárbaros, privando de este modo á los venideros de un conocimiento exacto de las costumbres, leyes y situación de los mismos, apuntó la memoria de las prendas en que sobresalían los baleares, y alguno de sus usos guerreros.

(a) En el cap. IV de la tercera parte se extiende el autor acerca de estos monumentos, á propósito de los de Artá, que apellida druidicos, acabando por adherirse á la opinión que no juzga aquí bastante confirmada. Allí encontrarán los lectores un estudio tan profundo como erudito sobre la materia.

Desnudos se abalanzaban al enemigo, bien que en la paz, y mayormente en invierno, se cubrían con *sisirnes* ó pieles, de las cuales se despojaron después, cuando los fenicios les enseñaron á vestir túnicas adornadas con anchas guarniciones. Aunque armados con broquel y lanza corta, era su arma peculiar la honda, en cuyo manejo no conocieron rivales: ceñíanse tres al rededor de la cabeza, ó una en ésta y otra en la cintura á manera de faja; hacíanlas de *melancrania*, esto es, de crin ó de intestinos; y si no es infundada aquella tradición que asegura que los padres negaban á los hijos el alimento, si primero no lo habían acertado con la honda, no es extraño que sus pedradas fuesen tan certeras y atravesasen á veces las mismas armas defensivas.

Así los conocieron los foceos, que en la isla se acercaron en cinco poblaciones, á cuyo conjunto llamaron Pantaleu (a), denominando gimnesios á los naturales por su destreza en su arma favorita; pero ni ellos ni los fenicios, que acudieron después, se aprovecharon de aquella habilidad guerrera. Á los cartagineses, que por los años de 550 hasta 480 antes de la era cristiana fueron extendiendo su dominio por el Mediterráneo, estaba reservado valerse de aquella arma, cuya utilidad, á su llegada á Mallorca, con tanto rigor y daño suyo experimentaron. Aliados entonces con el imperio cartaginés, pasaron los baleares á batallar en el continente español y en Sicilia; y cuando el grande Aníbal realizó su gigantesca marcha á Italia, ellos formaron parte de la vanguardia española, y á la par del arrojado de la caballería ibérica y de la firmeza de los peones celtíberos, sus hondas no fueron las que menos contribuyeron á las victorias del Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas.

Ese ardor guerrero no se entibió en los mallorquines, ni cuando la estrella de Cartago empezó á palidecer: aventuráron-

(a) Extraño que de la etimología griega de *penta laos* (cinco pueblos) deduzca Piferrer esta aventurada especie, cuya admisión repugnó al mismísimo Dameto.

se á los azares del mar, y de acuerdo con los isleños vecinos diéronse á tan rigurosa piratería, que casi arruinaron algunos de los establecimientos romanos en la costa española de Levante. Quinto Cecilio Metelo recibió el mando de la expedición encargada de sojuzgar la mayor de las Gimnesias; y logrado que lo hubo, trajo á ella gran número de ciudadanos de las colonias españolas, fundó Palma y Pollensa, y engrandeció otras poblaciones: lo cual le valió en Roma los honores del triunfo, y el renombre de *Baledrico* (a). Incorporada de entonces á las provincias del mundo romano, y formando al principio parte de la España citerior, corrió la suerte de aquel grande imperio (b); y si bien su posición en medio de los mares la alejó del movimiento de los sucesos, que acabaron primero con la república y después fueron minando el trono de los Césares, no la libertó de las in-

(a) De Floro y de Estrabón proceden las únicas noticias acerca de la expedición de Metelo, realizada, según común opinión, en el año de su consulado, que fué el 631 de la fundación de Roma y 121 antes de Cristo. Carecen de autenticidad, así el busto de mármol desenterrado siglos hace en el distrito de Alcudia, que se atribuye al conquistador y que el erudito D. Buenaventura Serra juzgó ser de algún flamen, como las medallas y monedas que al mismo se refieren. Á un simple reconocimiento de Sertorio y á la entrega voluntaria de Mallorca y Menorca á Cneo, hijo del gran Pompeyo, que hubo de expugnar á Ibiza, se reducen los recuerdos históricos de estas islas bajo la dominación romana; y á los escasos vestigios del circo inmediato á los muros de Alcudia, y á las truncadas estatuas colocadas en una puerta de los de Ibiza, los indubitables monumentos de ella, aparte de algún resto de acueducto. De monedas y lápidas no hablamos, aunque no pasan de cuarenta las segundas, en su mayor parte sepulcrales, encontradas en Mallorca, de veinte las de Menorca y de diez las de Ibiza, publicadas todas por Hubner. Plinio comprende en la siguiente frase las poblaciones de la mayor Balear: *Oppida habet civium Romanorum, Palmam et Pollentiam; Latina Siniium et Cunicum* (otros códices *Cinium et Tucim*, otro *Latinorum civium et Thuscium*) *et fœderatum Bocchorum* (aliter *Bochri*) *fuit*; discutir su situación y su actual correspondencia excedería los límites de una nota, y lo mismo digo de los de la Balear menor, *Mago, Jama* (*Jamnon, Hamnon, Labon*) y *Sanisera*. *Ebusus* figura como la población única de la isla de su nombre, llamada *Pithiusa* en común con la *Ophiusa* ó *Columbraria*, sin duda Formentera. Á doce millas de la mayor Balear pone Plinio la de Cabrera, y enfrente de la ciudad de Palma las *Menarias*, la *Triquadra* y la *parva* que otros leen *patria* de Anibal, dando margen á interminables controversias.

(b) Hasta fines del siglo IV, quizá por orden de Teodosio, no vinieron á constituir provincia aparte las Baleares, añadiendo una séptima provincia, por cierto bien inferior en extensión é importancia, á las seis que ya existían.

vasiones de aquellas hordas vandálicas y godas, que el dedo de Dios lanzaba sobre el gangrenado cuerpo romano, á la par como instrumentos de exterminio y de purificación regeneradora (a).

Pero la historia de aquellos varios dominadores, bien que interesante al literato y al anticuario, nada dice que pueda despertar nuestras simpatías y atención, al paso que frecuentemente la interrumpen vacíos, que abren la puerta á toda suposición y á la incertidumbre. Su período se consumió ya sobre la tierra; y el nuestro salido ha de los que fenecieron ayer, y con ellos está enlazado.

La verdadera historia de Mallorca, pues, comienza entonces cuando los musulimes, dueños ya de España y poderosos por mar, en 798 atacaron y saquearon las islas (b). Aterrados con

(a) Los vándalos fueron, y no los godos, los que, invadida la Bética, se apoderaron de estas islas hacia el año 426, igualmente que de las de Córcega y Cerdeña, formando de todas ellas una de las provincias del reino que en Africa fundaron. De esta suerte las diócesis de Mallorca y Menorca dependieron en adelante de la metropolitana de Cerdeña, é inútil es buscarlas entre las de España, pues la mención que de aquellas hace la supuesta división de obispados en el reinado de Wamba, bastaría para convencerla de apócrifa. Víctor Vitense nos ha transmitido los nombres de Elías, Macario y Opilio, obispos de Mallorca el uno, de Menorca el otro y el último de Ibiza, llamados con sus compañeros para dar razón de su fe ante el perseguidor Hunnerico en el año 484. Dominaron los vándalos en las Baleares, hasta que con los demás estados de los vencidos las sometió Belisario en 534 al imperio de Oriente, al cual permanecieron incorporadas hasta la entrada del siglo VIII, sin haber formado parte jamás de la monarquía goda.

(b) Que no fué esta la vez primera que la ocuparon los sarracenos, lo demuestra la noticia consignada en las historias arábigas (Al-Makkarí, Ibn-Kaldhun) de haberlas tomado ya Abdalla, hijo primogénito de Muza, pocos años antes de la invasión de España por su padre, no por dependencia que tuvieran del reino goda, sino como presa tentadora por su proximidad, tanto á las costas de Africa como á las de la península. Por esta razón es de creer que, cimentado una vez en España el poder musulmán, se extendiese durante el siglo VIII á las Baleares, aparte de las pasajeras vicisitudes que en su destino ejercieran las expediciones cristianas, protegidas por Carlomagno. La expugnación de Mallorca por los infieles en 798, á mi juicio, no fué sino recobro, al cual no tardó en seguir su nueva expulsión, no por parte de los imperiales griegos más débiles de cada día, sino por las huestes francas, que guiaba por aquellos años á la reconquista de Cataluña y aun á la de Barcelona el príncipe Luís el *piadoso*. En el siglo IX continuaron las alternativas: cupo el señorío de estas islas con el reino de Italia á Bernardo, hijo de Pipino y nieto de Carlomagno, por quien acaso las tenía el conde de Ampurias citado en el texto; pero desposeído el joven rey por su tío Luís, quedaron probablemente

tan continuos salteamientos, acudieron los baleares á Carlomagno, que el año siguiente les mandó poderosos auxilios: mas no pudieron éstos precaverles de caer debajo de la dominación sarracena, y á poco Armengol, ó Irmingario según el latín de la baja edad, conde de Ampurias, ya derrotó en aquellas aguas una escuadra que regresaba de Córcega; al paso que en 838, cuando Abd-el-Rahmán II ordenó al walí de Zaragoza que, congregando las banderas de la España Oriental, entrase por tierra de Afranc (Cataluña y Francia), las naves de Yebisat y Mayoricas (Ibiza y Mallorca) reforzaron la armada mora, que salió de Tarragona y saqueó las costas de Provenza.

Dependiente del Emirato y después Califato de Córdoba, y gobernada por un walí (a), tomó la isla parte en casi todas las

sin defensa. En 815 las asolaban los moros, señal de que eran aún cristianas; en 838 las poseerían otra vez, puesto que les servían de punto de partida para dirigirse contra Marsella. Precisamente habían de influir en la pérdida de ellas los trastornos del imperio carlovingio y la conquista de Sicilia por los sarracenos. No obstante, de un texto de Aben-Adharí, traducido por el Sr. Fernández y González, resultaría que de los años 848 á 50 los isleños habían causado á los buques de los musulimes daños que el califa cordobés Abderramán II envió á castigar, y por los cuales dieron satisfacción completa, pidiendo aceptación de tributo y renovación de pacto. No son siquiera de mentar las patrañas del P. Barrellas, en mal hora acogidas por Mut (lib. XI, cap. I), acerca de las escuadras *imperiales* enviadas en 832 y 856 en socorro de los cristianos mallorquines; pero sí las invasiones de los normandos, de que habla el cronicón de Sebastián en el reinado de Ordoño I (850-866): *Majoricam, Fermentellam et Minoricam insulas adgressi, gladio eas depopulaverunt*; de lo cual, sin embargo, no se desprende quiénes las poblaran á la sazón, pues no hacían diferencia en sus estragos los feroces piratas septentrionales entre los sectarios de Mahoma y los adeptos de la verdadera fe, que muchos de ellos ya profesaban.

(a) Una bula del papa Romano, citada por el P. Villanueva, en que confirma al obispo de Gerona en 898 entre otras posesiones *insulas, Majorica scilicet et Minorica*, da qué pensar si estarían á la sazón estas islas en poder de cristianos, á menos que digamos que en ellas toleraban cristiandad y cleró los musulmanes, como más adelante, en el siglo XI, según un notable documento. Y parece acreditar la misma idea, de que hasta la entrada del siglo X no se estableció constantemente en las Baleares la dominación sarracena, un fragmento inédito de Ibn-Khaldun, no publicado en su *Historia de los Berberies*, que tradujo el barón de Slane, y del cual tomó el Sr. Delgado interesantes noticias que suministró á mi amigo D. Alvaro Campaner: el manuscrito se me ha asegurado que pára en poder del Sr. Gayangos. De ellas resulta que el que sugirió al califa Abdalla la expedición á Mallorca, y el que la dirigió y llevó á cabo, no sin obstinada defensa de los naturales, tomándoles una tras otra sus fortalezas, fué un musulime español de pro-

expediciones, y se constituyó centro del corso y piraterías con que los mahometanos trajeron atemorizado el Mediterráneo. También se hallaron sus naves y su gente en el sitio y asolación de Barcelona, que por Julio de 986 ejecutó el hadjeb Mahomed-ben-Abi-Ahmer el Mansur; y si es cierto lo que las crónicas catalanas refieren, el condado barcelonés debió á los moros mallorquines la destrucción de algunos monasterios, particularmente de San Cucufate del Vallés, San Pablo y San Pedro de las Puellas, cuya abadesa se llevaron cautiva á Mallorca.

Pero el astro de los Omíades iba ya descendiendo al horizonte, y las guerras civiles comenzaban á desquiciar el imperio de los Califas cordobeses, cuando desgraciadamente para éste los mismos soberanos esparcieron sin saberlo la semilla de la división venidera. Ya el famoso batallador Mohamed el Mansur, para animar á los cabos de sus ejércitos, creó vínculos militares, señalándoles tierras, ó concediéndoles el gobierno hereditario de las comarcas donde sus posesiones estaban situadas: pero cuando Heschem II hubo salido de su encierro y triunfado de sus enemigos en el año 1013, gracias á su hadjeb Wadhah, al paso que revalidó muchos de aquellos, recompensó con otros á sus esclavos y alahmeríes, y de entonces dataron los estados feudales al principio é independientes á poco, de Tadmír (Murcia), Cartagena, Lecant (Alicante), Schatibah (Játiva), Almería y De-

cedencia berberisca, Hixem el Jaulani (quizá hijo de Julián), quien detenido en el puerto por obstinada tempestad, había tenido ocasión de observar la importancia y los recursos de la isla. En recompensa le confió el califa en 902 aquel gobierno que ejerció durante diez años, ocupado en edificar mercados, posadas, mezquitas, baños y otros establecimientos de utilidad pública hasta su muerte. Sucedióle inmediatamente un Abdalla elegido por los habitantes, sin duda sarracenos, el cual se retiró después de muchos años embarcándose para la peregrinación santa; y aparecen luego como gobernadores, no sin intermedios acaso, Almowafek liberto del califa Abderramán III (947 á 969), Cutsar liberto de Alhakem II (970 á 999), y Mucatil hechura del hagib Almanzor, que falleció encendida ya la guerra civil en 1013: los tres se distinguieron por sus incesantes desembarcos en las costas de Cataluña y Francia, y singularmente el segundo en los dos sitios de Barcelona.

nia, cabiéndole la tenencia de este último á Mudjehid-el-Dyn-el-Ahmery, que fué grande amigo del difunto hadjeb Abd-el-Rahmán, hijo del guerrero el Mansur.

Corrían los años de 403 de la hégira y 1013 del Señor: el usurpador Soleimán por segunda vez se sentaba en el trono de los califas; el verdadero soberano Hescham II había desaparecido en la toma de Córdoba por las armas de aquél; y su fiel hadjeb Hhayrán, curado en secreto de las heridas que en aquella ocasión recibió, iba reuniendo fuerzas y disponiendo los ánimos de los walíes más pujantes, principalmente de los hermanos Aly-ben Hamud el Edrisita, de Ceuta, y Kasen-ben-Hamud, de Algeciras, para echar del califato á Soleimán y restituirlo á Hescham. Hierve en armas la Andalucía; y dos sangrientas batallas en 1016 ponen á Soleimán en manos de los vengadores de Hescham, cuya desaparición misteriosa abre la puerta á la ambición de sus parciales vencedores y á nuevas guerras.

El walí de Denia Mudjehid-el-Dyn-el-Ahmery, como viese lo apurado y revuelto de las circunstancias, reunió los más buques y gente que pudo, encomendó el gobierno de su estado á Abdalá, príncipe omíade, conocido por el Moaity de Córdoba, y en aquel mismo año se hizo á la vela para las islas de Ibiza y Mallorca, de que se apoderó (a). Era Mudjehid varón de singu-

(a) Mudjehid, por sobrenombre Abul-jiyusd (*padre del ejército*), hijo de Yusuf, hijo de Alí, *mauli* ó liberto del infortunado hijo de Almanzor, al huir de Córdoba, primero que de Denia, se posesionó de Tortosa, dice Ibn-Khaldun, y en Denia, á donde luego pasó, no tomó para sí el título de rey, sino que lo hizo conferir al refugiado Abdalla el Moaytí por respeto á la sangre Omíada que circulaba por sus venas. Era esto en Diciembre de 1014, y por Marzo del siguiente año le llevó consigo Mudjehid á apoderarse de estas islas, que si bien pobladas de sarracenos, no se sabe qué gobierno reconocían en aquella anárquica situación. Enviado por el Moaytí, pasó Mudjehid desde Mallorca á Cerdeña con una armada de ciento veinte velas en Setiembre de 1015, sufriendo allí un gran desastre; y hasta su vuelta á Denia, donde encontró ya fallecido el príncipe, no consintió en reinar, aunque según otra versión menos favorable á su lealtad, le privó de la soberanía y le condenó á destierro, donde vivió el Moaytí hasta el 1041. «Acostumbraba tener Mudjehid, añade Almakkarí, siempre dispuesta una considerable flota, con la cual hacía desembarcos en las costas de Afranj y de Antalia; y mientras vivió no había buque cristiano que osara surcar las aguas del Mediterráneo.» Dozy le califica del mayor pirata de su tiempo y del más celoso protector de las letras.

lar discernimiento y grandeza de ánimo; y deseando hacer alarde de sus fuerzas por el Mar Romano, que así llamaban al Mediterráneo los árabes, el año siguiente 407 de la hégira (1016-1017 del Señor), partió de Mallorca para la *Isla grande de los Cristianos, llamada Sardenia* (Cerdeña), y tomó á fuerza de armas sus principales fortalezas: bien que las enfermedades, el cansancio y las murmuraciones de la tropa, y un ejército cristiano apoyado por una flota pisana, le precisaron á reembarcarse con rico botín, no empero sin sufrir un gran naufragio, y á regresar á Mallorca con las reliquias de su armada. Así, constituído emir de las Baleares por el valor de su brazo, aquel moro más de una vez llevó el terror á las playas italianas, dominó en Cerdeña, y su nombre quedó consignado en las crónicas de la época (1); y es evidente que buena parte de aquellas acciones les cabría á los mallorquines, ya que su misma posición los hacía núcleo de las fuerzas marítimas de aquel caudillo, y punto de reunión, descanso y refugio de las embarcaciones. No seguiremos á Mudjehid en su vuelta al continente español y nuevas adquisiciones de territorio: baste indicar que murió en 1045, y fué el fundador del reino de Denia y de las Baleares.

La oscuridad, que reina en esta parte de la historia española, no permite que puntalicemos la serie de aquellos monarcas ó fakihes, como los llaman los documentos que más abajo mentaremos; y aun recogiendo cuanto en las memorias arábicas se encuentra, sólo podemos hacer una desnuda mención del hijo del fundador Alí-ben-Mudjehid el Mowafek, que aún vivía en 1058 (a), de Mohammed-ben-Ganya, del hijo de éste Ishak-

(1) Véase á MURATORI, *Rerum. Itali. Script.* tomo VI, *Crónica varia Pisana*.

(a) Alí-ben-Mudjehid, cautivado cuando joven en la malograda expedición á Cerdeña, y rescatado por su padre, heredó de éste la ciudad de Denia á la vez que las Baleares, como dice Conde, y de una y otras se titulaba jefe (*dux*) al otorgar en 1058 al obispo de Barcelona Gislaberto aquel singular documento en que somete perpetuamente á su jurisdicción todas las iglesias y clero de sus estados, confirmando la concesión de Mudjehid (véase Marca, Diago, Flórez y el apéndice núm. 31 de esta primera parte), prueba irrefragable de la conservación de la cris-

Abu-Ibrahim Abu-Mohammed, y de sus nietos Aly-ben-Ishak y Abu-Mohammed-Abdalá.

Gobernaron las islas por los reyes de Denia Abu-el-Abas-Ahmed-ben-Raschik, varón recto y docto, que las rigió hasta pasado el año de 1048, y después de él sus parientes los Beny-Schoeides de Murcia, que las mantuvieron en buena paz y justicia (a). En buen hora las conquistó Mudjehid; pues como si

tiandad en Mallorca bajo el señorío de los infieles, que permite atribuir menos antigüedad á nombres y cosas referentes al culto católico. Como al poco tiempo cesó Alí de reinar en las islas no lo explican las historias arábicas, que unas le suponen desposeído directamente por Mubasher, y otras á éste le declaran sucesor y antes libertado de un rey anterior, de Almortadhí, tal vez sobrino de Mudjehid, tal vez alahmerí procedente de Andalucía, de cuya existencia no permiten dudar las monedas acuñadas con su nombre de 1087 á 1093. Lo cierto es que Alí, conservando el reino de Denia perdió las Baleares, á pesar de su pomposo título de Ikkalud-daulah (*prosperidad del Estado*) y de sus estrechos vínculos con los más poderosos reyes, siendo por su hermana cuñado del de Sevilla Muhamad-ben-Abd-Almotaded, y por su esposa, de mucha discreción y hermosura, yerno de Muhamad-ben-Man, señor de Almería, aunque por otra parte lo era, si damos crédito á Ibn-Khaldun, de Yahya-Almuktadir-ben-Hud, rey de Zaragoza. Despojóle éste en 1075 del estado de Denia en castigo de la noble hospitalidad dispensada á unos proscritos, y se lo llevó prisionero á su corte, donde murió Alí en 1081, más que octogenario sin duda, si no hay confusión, como recelamos, en la identidad de la persona, no sin haber sobrevivido cuatro años á su hijo Abu-Amir-Serajud-daulah, que entendiéndose con el Conde de Barcelona trataba de recuperar sus dominios; razón por la cual, dicen, se desembarazó de él con veneno el rey Almuktadir, extinguiéndose en él según toda apariencia la estirpe de Mudjehid.

(a) Residiendo comunmente en Denia así Mudjehid como Alí, tuvieron lugartenientes en las Baleares, y á los expresados en el texto hay que añadir Al-Aglab (*el conquistador*), á quien en 1037 nombró el primero para suceder á su propio sobrino Abdalla, el cual á mi juicio nada tiene que ver con Mubasher, como se afirma en una nota de Almakkarí, ni con otro Aglab nombrado en las monedas de Almortadhí. Tampoco hay razón para creer que empezara por gobernador para acabar por emir independiente este rey Almortadhí de quien nada más se sabe: antes parece que al emprender Aglab la peregrinación santa, le reemplazó en el gobierno Suleymán-ben-Maxihen, se ignora si á nombre de Alí todavía ó de su sucesor en el trono. Este no pudo ser otro que el expresado Almortadhí, sean cuales fuesen los medios de que para ello se valiera; al cual heredó por vía de adopción Mubasher protegido suyo, si es que el simultáneo acuñamiento de monedas de ambos soberanos en 1091 y 1092 no arguye acaso reñidas competencias. Era Mubasher un joven cautivo y eunuco, natural de Calah-Hymiar, en la comarca de Lérida, cuando en Barcelona, al parecer, se prendó de sus talentos y modales un embajador de Almortadhí enviado al conde, y rescatándolo se lo presentó al soberano que depositó en él su confianza. Debió corresponder á ella Mubasher, según las nobles y generosas inclinaciones é insignes cualidades que se le atribuyen, y reinó á su vez con moderación y justicia, tomando el dictado de Nasirud-daulah (*preservador del*

hubiese previsto los acontecimientos, ellas vinieron á ser el asilo y los únicos estados primero de sus descendientes y después de toda una dinastía.

Convertidos los almoravides de auxiliares en conquistadores de los emires españoles, que en su auxilio y contra los cristianos los llamaran, y sojuzgados por ellos todos los reinos en que se había dividido el Califato de Córdoba, excepto el de Zaragoza, el año 1095 el general de los invasores Schyr-ben-Abu-Bekr envió una escuadra para que en nombre de su amo Yusuf-ben-Taschfyn se apoderase de aquellas islas; y los habitantes, que supieron el vencimiento de toda España por las armas africanas, cedieron y juraron obediencia al príncipe de los almoravides (a).

Era, en fin, llegado el tiempo en que Italia y Cataluña debían traer á Mallorca la guerra y la desolación, que tantas veces ella llevó á sus costas: la sangre cristiana vertida en Pisa, Córcega, Cerdeña y Barcelona, no había de quedar sin venganza. La república pisana, que como tan comerciante y marítima cargaba con la mayor parte del daño, apeló á las armas la primera; y acudiendo al sumo pontífice Pascual II con una solemne embajada, á cuya cabeza iba el arzobispo Pedro, obtuvo ésta los honores de cruzada, las insignias de la Iglesia é indulgencia plenaria para los presentes, con facultad otorgada á Pedro de

Estado), que transformaron en Nazaredolo las crónicas pisanas. De estos reyes de Mallorca posteriores á Mudjehid nada dicen las historias arábicas sobre las cuales escribió Conde la suya, al paso que ponen su atención en los simples gobernadores.

(a) Esta ocupación de las Baleares por la escuadra almoravide, que trajo y debió traer la fuerza de los sucesos, no quebrantó al parecer el cetro de Mubasher ni mermó siquiera su autoridad, aunque de seguro tributaría homenaje al emir africano. Respetóle, no se comprende cómo, el huracán que volcó los demás tronos musulimes de la península. Veinte años llevaba de pacífico reinado, al aparecer en 1114 la enemiga flota italiana, contra la cual en el postrer apuro imploró Mubasher el socorro del *jefe de los creyentes*; y á juzgar sólo por la relación de Almakkarí, incompleta en mi concepto, se creería que aquel llamamiento había dado á los almoravides la primera ocasión para apoderarse de Mallorca con achaque de defenderla.